

# Banda aparte. Formas de ver

## (Ediciones de la Mirada)

Título:  
La joven

Autor/es:  
Lomillos, Miguel Ángel

Citar como:  
Lomillos, MÁ. (2001). La joven. Banda aparte. (21):163-164.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/42534>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



ojos. No se trata de meros ejercicios de patetismo ni de una postrera soberbia; es, casi siempre, un ejercicio de apropiación de un espectáculo donde los cineastas no se habían introducido lo suficiente para verse, para definirse, para iluminarse, para dejar claros los contornos de una manera de mirar, que es, al fin y al cabo, una manera de vivir, aunque tam-

bién, en este caso, una manera de expresar la muerte, pero no necesariamente una muerte física, a menudo es apenas una constatación (sin ánimo de refutar a Friedrich Nietzsche) de que hay personas capaces de hacerse responsables de sus sueños.

HILARIO J. RODRÍGUEZ



LUIS BUÑUEL  
 Instituto de Estudios  
 Turolenses/Gobierno de Aragón,  
 2000

*La Joven* (1960) es de esas obras hondas y necesarias que se conciben

como respuesta creadora de un círculo o grupo de artistas comprometidos (en este caso, Luis Buñuel con el guionista Hugo Butler y el productor George Pepper), ante una situación injusta que urge denunciar (en este caso, *"el malestar racial que en aquel momento se manifestaba cada vez más en EEUU"*, cf. p.7). Buñuel ya había realizado *Robinson Crusoe* (1952) –un filme con el que mantiene muchos puntos en común– con estos dos enormes artistas que fueron ninguneados por el nefando maccarthismo y que a la sazón se vieron obligados a ocultarse bajo seudónimos. Aunque esta sencilla historia del músico negro que es acusado injustamente de violar a una blanca transcurre en el sur de los Estados Unidos, la película se rodó íntegramente en inglés en Méjico. El público norteamericano fue por tanto el destinatario natural de este filme que ofrece una doble lectura sobre la infamante caza de brujas. Su estilo está en las antípodas del tono edificante que poco después utilizaría Hollywood con esta misma temática, ya sea en las obras que interpretaría el inefable Sidney Poitier o en los que realizaría más tarde

el lacrimógeno Spielberg. No existe mayor "tono de denuncia" en *La joven* (sobre el racismo) que, por ejemplo, en *Los olvidados* (sobre la miseria de los arrabales), pero ocurre que el inevitable toque social (y por qué no, bienintencionado) que conlleva el abordar con honestidad esta espinosa temática, aunque tratada con rigor extremo y fuera de todo maniqueísmo, se hace tal vez más transparente por el tono directo y realista de la representación, así como por la hechura esencial y sobria de las acciones (tan sintéticas como el mejor cine americano), personajes (pocos y ambiguos, todos ellos con valores positivos y negativos) y espacios (una cabaña incrustada en el desolado paisaje de una isla casi deshabitada). Aunque tampoco faltan aquí, si bien más discretos, los detalles y temas buñuelescos: los pies del cadáver, las arañas, el tejón que ataca a las gallinas, el erotismo y el instinto de muerte, los parajes inhóspitos...

Este carácter esencial, seco y directo sobre el racismo, acrecentado y combinado con el mito de Lolita (el otro tema fundamental, no menos "espinoso", del filme), sin duda tuvo mucho que ver con el fracaso comercial (no gustó ni en Harlem ni en Europa) y con la tibia recepción de la crítica de su tiempo, que como mucho la consideró una "obra menor". La cosa podría achacarse, como tantas veces, a la avanzada sensibilidad artística y crítica de la obra en relación con la mentalidad de su época, pero cuando esta desavenencia, dislexia o simple estupidez se sigue manteniendo en el tiempo, algo no termina de andar

bien del todo: ¿por qué se programan siempre las mismas "obras mayores" de Buñuel? ¿Por qué la crítica y la historiografía cinematográficas *sólo* prestan atención a las mismas películas?

Se percibe en cada imagen de la película que Buñuel la hizo con pasión y rigor. Nos lo cuenta en sus célebres memorias: "*Sin embargo, yo hice una película con amor. Pero no tuvo suerte. El sistema moral no podía aceptarla. Tampoco tuvo éxito en Europa, y hoy no se proyecta casi nunca*". Tampoco en los fastos del centenario del genial cineasta apenas se han acordado de ella. No importa. Como otros "pequeños" filmes mejicanos del maestro, ella seguirá en esa zona de sombras "donde habita el olvido" a la espera de que el tiempo sature las "grandes obras" o de que algún avisgado tejón vestido de investigador acelere el proceso de "rescate" poniéndose las medallas en la carrera del ineditismo. Mientras tanto, cabe agradecer a la magnífica *Colección Buñuel* del Instituto de Estudios Turolenses, como viene haciendo hasta ahora con los guiones "nunca filmados" del genial sordo de Calanda —*Là-bas, Goya, Agón*—, el enorme impulso dado con la publicación del guión original de este imprescindible filme (sin olvidar los sabrosos apuntes de los prologuistas Juan Luis Buñuel y J. R. Butler, ambos descendientes de los dos guionistas).

MIGUEL A. LOMILLOS